Año I Salto, Octubre 30 de 1899 N° 8

BIBLIOTECA NACIONAL

REVISTA DEL SALTO

SEMÁNARIO DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

SUMARIO

ZAPATERO À TUS ZAPATOS, por Gervasio Osimani.

EL ANGELUS, por la Sta. Deolinda Bajac.

DE LA MÚSICA, COMO ELEMENTO DE LA EDUCACIÓN, COMENTARIOS Á ALGUNOS CAPÍTULOS DE ARISTÓTELES, por Atilio C. Brígnole.

EL AIRE LÍQUIDO, por Victor Rappaz.

RELIGIOSA. por Horacio Quiroga.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO Y ENCUADERNACIÓN

LA PRENSA

CALLE DAYMAN Núm. 66.—SALTO ORIENTAL

REVISTA DEL SALTO

Semanario de Literatura y Ciencias Sociales

Aparece los lunes, y cada cuatro números constituyen un mes de suscrición.

OFICINAS: DAYMÁN 121

Precios de la suscrición

Mes. .....$ 0.40
Tres meses.....« 1.10
Seis « .....« 2.00

SALTO, OCTUBRE 30 de 1899

ZAPATERO, A TUS ZAPATOS

I

El interesante y popularísimo periódico ilustrado *Blanco y Negro*, en su último número inaugura con la frase que nos sirve de epígrafe, una nueva sección que lleva por título: *Frases proverbiales*.

Ninguna, á la verdad, podría ser más oportuna en nuestros tiempos que aquella frase con la que se suele fustigar á los petulantes que discurren largo y tendido sobre lo que entienden y lo que no entienden, sin tener el bagaje indispensable de conocimientos necesarios para abordar las discusiones de alguna importancia científica, artística ó literaria.

Sinembargo, como este defecto es inherente á la vanidad humana, codiciosa de aparentar más de lo que sabe, haría una triste figura el moralista oficioso que pretendiese enderezar entuertos, pues la enfermedad del *zapatero* de Apeles es tan universal hoy que puede considerarse endémica á tal punto, que ni el mismo Dios se escapa á la crítica de los zapateros modernos que se atreven á descubrir defectos en el cuadro admirable de la naturaleza.

¡Vaya una creación perfecta, exclaman *los zapateros filósofos!*

¡Y los males físicos, los desórdenes sociales, los trastornos y desiquilibrios morales!

Aquí terremotos, allá inundaciones y en todas partes, según lo asegura la ciencia, microbios de la tisis, del cólera de la fiebre amarilla, de la peste bubónica y de otras mil enfermedades del entatuado rey de la naturaleza.

¡Qué necesidad había de tantos elementos destructores!

¿Y de nuestra asociación humana qué me dice Vd, añade el *zapatero sociólogo!*

Se habla continuamente de derechos y triunfa en todas partes la fuerza; se ensalza la fraternidad humana y los tiburones siguen tragando, como siempre, á los pescadillos; se estrena en la Haya una comedia representada por los diplomáticos de todas las grandes naciones, y Jolm Bull, intérprete de los sentimientos humanitarios de la Conferencia Magna, sonríe maliciosamente al ver que su Gobierno hace la corte á las minas del Transvaal y se prepara á ensayar las balas *dum-dum* contra los Boer.

No paran aquí las anomalías, continúa el *zapatero psicólogo*. ¿Hay cosa más anormal que el hombre?

Dicen que está dotado de razón y de libre albedrío; ¡Ilusiones!

Si la razón, como facultad del alma, es el instrumento propio para alcanzar la verdad ¿por qué tanta anarquía en las ideas?

¡Libre albedrío! ¡Patraña de los Escolásticos!

El hombre es juguete del ambiente en que vive. Lo impulsa el interés, los gozos lo atraen, y la ocasión lo determina á obrar.

Así se explica que hoy se censura lo que ayer se aplaudió y que mañana, cambiadas las circunstan-

cias, se aplaudirán otra vez.

Así repiten en coro todos los *zapateros olímpicos* y afirman á lo serio que siendo equivocado el plan de la creación, *Deus non est*.

Pero en los aires resuena el coro de los Angeles que cantan: *coeli enarrant gloriam Dei*, como diciendo: *zapateros, á vuestros zapatos*.

II

La asociación de ideas me han llevado fuera del objeto que me había propuesto al escribir estos renglones; pues pensaba tan sólo apuntar un *anacronismo* en que, á mi juicio, ha incurrido el autor de *Frases Proverbiales*.

Días pasados en una carta abierta, dirijida al Sr. Del Corchio y publicada en esta misma REVISTA DEL SALTO hice mención del dicho: *zapatero, á tus zapatos*, atribuyéndolo al pintor griego Apeles que acostumbraba presentar sus cuadros á la pública censura; pero *Blanco y Negro* lo atribuye à Zeuxis, famoso pintor griego de la segunda mitad del siglo V anterior à la era cristiana.

En qué quedamos, dirán los lectores, ¿es Zeuxis ó Apeles el autor del dicho ya célebre: *ne sutor ultra crepidam?*

César Cantú en su Hist. Universal pag. 529, hablando de Apeles dice: —«Un zapatero que le criticó «la forma del calzado de una figu«ra, le hizo enmendar este error, «pero animado el artesano, se atre«vió á criticar otras partes de la «pintura y entonces *Apeles* le gritó: «—zapatero, à tus zapatos.»

El Diccionario de Conocimientos Utiles del Profesor Nicomedes Bianchi dice:—«Un ciabattino criticó «il calzare d'una figura, ma poi vo«lendo continuare à dar giudizii «sul resto del quadro, *Apelle* lo ri«prese dicendogli che non doveva «alzarsi al di sopra del calzare». Sinembargo, *Blanco y Negro*, fundado nada menos que en el testimonio de Plinio, Jenofonte y Platón, atribuye la frase á Zeuxis, añadiendo que Plinio *fué amigo* de este pintor.

Ante tamañas citas históricas, dudé un momento y me supuse que César Cantú hubiera caído en error, aunque no me parecía imposible pero sí difícil.

Pero me llamó la atención aquello de que Plinio *había sido amigo de Zeuxis*.

No tengo memoria feliz para recordar nombres propios y fechas, pero hay personajes históricos de tanta importancia como Plinio, y ciertas épocas tan mencionables como la que se refiere al arte histórico de Grecia en su apogeo en el tiempo de Parrasio, Zeuxis y Apeles, que no se borran tan fácilmente de la memoria.

¡Plinio amigo de Zeuxis!

La amistad presupone el trato íntimo, la comunicación recíproca de las ideas y de los afectos entre las personas unidas por el lazo de la verdadera amistad, y por consiguiente la simultaneidad en el tiempo.

Podía Napoleón I ser admirador de Julio César y Moltke de Napoleón I, pero ni Moltke podía llamarse *amigo* de Napoleón ni éste de Julio César.

Pues bien, Zeuxis nació en Grecia 420 años antes de la era cristiana y Plinio 22 años después de J. C., es decir, que entre uno y otro pasa la friolera de *cuatro siglos*.

Plinio, pues, habrá podido ser admirador de Zeuxis, pero si las palabras han de ser expresión de las ideas, en este caso la amistad entre Zeuxis y Plinio denotaría un *anacronismo* no permitido por la verdad histórica, ni justificado por la índole de la lengua española que ni siquiera el uso metafórico de *amigo* admitiría en casos idénticos al que ha dado lugar á estas ligeras observaciones.

Cuando Zeuxis pintaba las uvas

que por su frescura y naturalidad engañaban á los pájaros que acudían á picotearlas. Plinio dormía un sueño profundo en el seno de la futura posibilidad, de cuyo seno, en realidad, vino á la luz cuatro siglos después, distinguiéndose como el escritor más fecundo de la antigüedad.

Dedicó á Tito *La Historia de la Naturaleza*, obra en treinta y siete libros que fué llamada *La Enciclopedia de los antiguos*, siendo tenido por su estilo, como el precursor de Buffon.

Más tarde comandó una flota en el Mediterráneo, y murió, víctima de su amor para los estudios de la naturaleza, en los cráteres del Vesubio el año mismo en que una formidable erupción sepultó á Herculano.

GERVASIO OSIMANI.

Salto, octubre 20 de 1899.

DE LA SEÑORITA DEOLINDA BAJAC

EL ANGELUS

CUADRO DE MEISONNIER

Era la caída de la tarde, un cielo azul, diáfano, transparente, salpicado de tenues y plateadas nubecitas, infundía dulce serenidad al espíritu; en el nítido horizonte dibújanse las altas montañas de la cordillera cuyas cimas ostentan vaporosa diadema; una dulce y tibia brisa roza suavemente las hojas de los árboles que á su impulso se mueven blandamente, las flores abren su corola para aspirar el fresco ambiente que sus broches embalsaman, el sol desciende lentamente y va ocultándose en las encrespadas olas, tiñendo con tinte carmesí las antes plateadas nubes; la estrella de la tarde asoma en el horizonte y su fulgor misterioso reviste el paisaje de suave, de inexplicable poesía; el ruiseñor deja oir los preludios de su dulce cántigo; las olas rompiéndose contra las rocas dejan escapar roncos rujidos que terminan en quejumbrosos sonidos; el insecto oculto bajo el tupido césped, deja oir su melancólico chirrido; mientras que sobre la cumbre del lejano monte asoma un rayo de luna, dulce como un recuerdo de ultratumba, blanco como el cendal de la Vestal.

El ruido de las hojas impelidas suavemente por la brisa, el tardo y pesado paso de un solitario viajero que hace chirriar las hojas secas bajo su planta, el perfumado efluvio desprendido del cáliz de las flores, el tinte de la atmósfera reflejando el último rojo rayo de sol; el ya potente rugido de las olas al estrellarse con loco furor contra la agreste roca, ó la quejumbrosa nota que exhalan al caer vencidas al pié de la inerte piedra; el chirrido del insecto, el canto del ruiseñor, la misteriosa estrella de la tarde que curiosa parece examinar lo que en la tierra pasa; esos mil ruidos en fin, graves, confusos, melancólicos que se oyen á la caída del sol y que forman la más grandiosa plegaria que la Creación eleva á su Creador, infunden un sentimiento de respetuoso fervor hacia el Supremo Hacedor.

Distínguense á lo lejos las mil luces con que va iluminándose la vecina ciudad, y luego un confuso rumor, un sonido grave, acompasado, sonoro, que se funde como sagrado cántico á la plegaria universal.... es que de la torre de la regia catedral el sonido metálico de la campana invita al hombre á la oración: es el Angelus; la salutación angélica á la Divina Madre, que con el vibrante acento del bronce, añade más poesía al paisaje, más armonía á la plegaria de la tarde; é impregna el espíritu de suave, de inefable re-

cogimiento....

Todo esto se ve, todo esto se siente, al contemplar el grandioso lienzo de Meisonnier que lleva por título «L'Angelus».

No podríamos nunca describir con la palabra que es siempre pobre, cuando se trata de obras semejantes, la infinita poesía, la suprema beatitud de aquellos dos campesinos que se inclinan á oir el toque de oración, abandonando momentáneamente sus tareas, para confundir sus plegarias con la de la naturaleza que los rodea.

La grandeza de la obra hace enmudecer los labios y conmueve hondamente el corazón.

SYLVIA.

Salto, octubre de 1899.

I

De la música, como elemento de la educación

COMENTARIOS Á ALGUNOS CAPÍTULOS DE ARISTÓTELES

Aristóteles, el gran filósofo y humanista griego, ha dedicado cuatro capítulos en su obra *Política* al tema de la Música como elemento de la educación, capítulos que son magníficas lecciones pedagógicas llenas de interés, provistas de amenidad y dotadas de un caudal de observaciones tan estudiosas que hoy difícilmente serán superadas porque, después de esos hermosos escritos, poco de nuevo podría agregarse.

El estudio que hace Aristóteles sobre la música es fundamental, y no sólo es pedagógico sino tambien tiene tendencias sociológicas de magnitud.

Propone diferentes cuestiones y formula muchas interrogaciones para buscar si la música es un elemento necesario para la educación.

Pero como su estudio nos ha parecido contradictorio en una parte é indeciso en otra, nos parece conveniente, en homenaje á las ideas y progresos modernos, entrar á comentar tan gran trabajo que siempre merecerá interés.

Hablando de que la educación se compone ordinariamente de cuatro partes distintas, á saber: las letras, la gimnástica, la música y el dibujo, dice aquel eminente autor: «En cuanto á la música, se suscitan dudas acerca de su utilidad. Por lo común, se la mira como cosa de mero entretenimiento, pero los antiguos hicieron de ella una parte necesaria de la educación, persuadidos de que la naturaleza misma exige de nosotros, no sólo un loable empleo de nuestra actividad, sino tambien un empleo noble de nuestros momentos de ocio. La naturaleza es el principio de todo..... »

Si se atiende á esta transcripción, parece que Aristóteles considera necesaria la educación musical del hombre; pero más adelante y en el mismo capítulo, hablando del placer del ocio y de la manera digna de utilizarlo, modifica su opinión, pues dice lo siguiente: «Nuestros padres no han incluido la música en la educación á título de necesidad, porque *no lo es;* ni á título de cosa útil como la gramática, que es indispensable en el comercio, en la economía doméstica, en el estudio de las ciencias y en una multitud de ocupaciones políticas; ni como el dibujo que nos capacita para juzgar mejor las obras del arte; ni como la gimnástica que da salud y vigor; *porque la música no posée evidentemente ninguna de estas ventajas*. En ella sólo han encontrado una digna ocupación para matar el ocio, porque, según ellos, si hay un solaz digno de un hombre libre, éste es la música.»

Duda luego Aristóteles en el segundo capítulo del poder educativo de la música y de su utilidad, y

parecen flaquear sus opiniones que no son definitivas cuando hace esta multitud de preguntas interesantes:

¿Es sólo un juego?

¿Es un puro pasatiempo, como el sueño y los placeres de la mesa, entretenimientos poco nobles en sí mismos sin duda, pero que como ha dicho Eurípides, *nos agradan.... y sirven de desahogo?*

¿Se debe poner la música al mismo nivel, y tomarla como se toma el vino, no deteniéndose hasta la embriaguez, ó como se toma el baile?

Todo un capítulo es destinado á formular objecciones, algunas de las cuales parecen vencedoras y tener una gran fuerza. Son notabílisimas algunas de ellas por su gran poder de previsión y parecen escritas para una época de sabiduría y de una educación exquisitas. Júzguese sino de estas interrogaciónes:

¿Pero la música no es más bien uno de los medios de llegar á la virtud?

¿No puede ella influir en las almas, acostumbrándolas á un placer noble y puro?

¿No tiene, en fin, la ventaja de que, al procurar descanso á la inteligencia, contribuye tambien á perfeccionarla?

Si se cree que el estudio de la música, durante la infancia, puede tener por fin el preparar una diversión para la edad viril, para la edad madura, ¿á qué viene adquirir personalmente esta habilidad, en lugar de valerse, para gozar de este placer y alcanzar esta instrucción, del talento de artistas especiales, como hacen los reyes de los Persas y de los Medos? ¿Por qué aprenderla personalmente, y no gozar de ella oyéndola á los demás por su habilidad?

En una palabra, dicen los enemigos de la música: hay algo de servil en hacerse uno mismo artista en música; y á un hombre libre sólo se le permite en la embriaguez ó por pasatiempo.

Aún cuando Aristóteles escribe hasta aquí como un eco de las opiniones ajenas, limitándose á presentar las objeciones que se hacen al poder educativo necesario de la música y á colocar en forma dubitativa las ventajas del elemento musical en la educación, no cabe duda de que ha sufrido contradicciones en sus juicios en medio de sus profundos pensamientos que tanto halagan una conclusión favorable al «verdadero hechizo de la vida» (1) cuanto disminuyen su parte artística, sensitiva y entusiasta.

—Aristóteles no define si la música es una ciencia, un juego ó un simple pasatiempo: se limita á decir solamente que basta el motivo de que es un delicioso placer para incluirla en la educación, y agrega que como uno de los bienes de la vida es el placer, siempre se sacaría buen partido de la música, tomándola como un pasatiempo.

Parece arrepentirse luego de esta conclusión y que disipa la duda cuando más adelante acredita el poder moral y afirma que entusiasma á las almas, formulando esta espléndida y humana interrogación: «¿Y què es el entusiasmo más que una modificación puramente moral?»

Examina en seguida la psicología sentimental de la música y su modalidad imitativa de las ideas y pasiones, exclamando que nada hay tan poderoso como el ritmo y el canto de la música. En este estado, las observaciones del gran autor tienen mayor precisión; porque afirma entonces que la música es evidentemente una imitación directa de las sensaciones morales. Los diversos modos de la armonía hacen variar las impresiones de los oyentes, y los ritmos producen el mismo efecto: unos calman, otros conmueven,

(1) Así llama á la música el poeta Museo que vivió cuatro á cinco siglos antes de Aristóteles

otros aún enternecen simplemente. El modo dórico (1) calma, y el modo frigio entusiasma. Concluye: que atentos estos hechos, es imposible no reconocer el poder moral de la música y «puesto que este poder es muy verdadero, es absolutamente necesario hacer que aquella forme parte de la educación de los jóvenes.»

No se ve desgraciadamente un criterio científico en esta conclusión, pues Aristóteles remata aún su teoría sosteniendo que la educación de que tratamos se aviene con la joven edad, porque en esta jamás se sufre con paciencia lo que causa fastidio, y la música es algo que por su naturaleza nunca causa este tedio.

Se ve aquí una fórmula demasiado utilitaria que no parece hija del brillante medio ateniense en que el gran filósofo desarrollaba su tesis y concretaba sus problemas sociales y valiosos.

Parece, por último, que explica la armonía pero no la justifica, como si fuera algo desdoroso para el valor de la época, para los combatientes de Salamina y de Platea, los héroes de las Termópilas y los hijos del arte de la eterna y donosa Atica.

El filósofo griego semeja un escudriñador moderno de los utilitarios, que no examinara sino la parte industrial de una tesis de educación Mayor concisión no encontraríamos ni aún entre los mismos Espartanos

Salto, octubre de 1899.

ATILIO C. BRÍGNOLE.

(Continuará).

(1) Los tonos según los filosófos antiguos que estudiaron la música y formularon su filosofía histórica son siete: *hipodorio, hipofrigio, hipolidio, dorio, frigio, lidio* y *mixolidio*.

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL AIRE LÍQUIDO

Nacida no hace dos años, la invencion del *aire líquido* está llamada á causar próximamente grandes é importantes revoluciones industriales.

Perfeccionando el aparato del físico francés Cailletet, para la liquefacción del oxígeno, y aprovechando los trabajos actuales de otros, un ingeniero Sueco, Oscar Ostargen, inventó una máquina para la producción en gran escala del aire líquido.

Desde el 22 de Junio último la máquina de Ostergen, en New York, produce 7.000 litros de aire líquido por dia.

La primera aplicación práctica consiste en un ventilador: se compone de un pequeño depósito de bronce lleno de aire líquido, el cual evaporándose á la temperatura ambiente, hace mover las alas del aparato, y exparce en todas direcciones un aire tan puro y tan fresco como las brisas de los Alpes, refrescando instantáneamente la pieza más caliente.

Difiere en absoluto del ventilador eléctrico, caro, caprichoso, difícil de manejar, peligroso y que no hace sino mover el aire caliente, sirviendo de vehículo á todas las emanaciones y polvos nocivos.

El aire líquido está absolutamente exento de gérmenes, destruyendo todos los microbios por el frío extraordinario que produce (312 grados Farenheit, bajo cero), durante su fabricación.

El costo de la manipulación del ventilador del aire líquido es insignificante: para refrescar en verano un taller de 20 obreros, el gasto es de 1 franco (dos reales) por dia.

Pero seria poca cosa si el empleo del aire líquido se concretase al solo ventilador.

Es tambien destinado á la conservación fácil, segura y barata de la carne, del pescado, frutas y en general de todo lo que fácilmente se corrompe, destruyendo con toda seguridad todos los gérmenes infecciosos que el calor y la humedad hacen nacer; es absolutamente seco.

Pronto desaparecerán los vapores y vehículos actuales destinados á largos viajes transportando carne, frutas, pescado, etc.

Actualmente, cada convoy necesita para un viaje desde California á New York, 10 toneladas de hielo, enorme peso muerto, sin contar que ocupa la sexta parte del espacio necesario para las mercancías á conservar, debiendo renovar la provisión de hielo cada 3 días con el gran inconveniente de que la atmósfera húmeda cubre las paredes de moho.

Con el aire líquido todos esos inconvenientes desaparecen, no hay peso inútil, ni espacio perdido. El aparato que contiene el fluido consiste en un largo cilindro de metal colocado sobre el techo del wagon, conteniendo

cada cilindro 225 litros de fluido.

Debemos hacer notar que la carga de aire líquido almacenado en el acumulador, no puede servir sino por 3 días, lo que obligaría á tener aparatos á lo largo de la vía. cosa fácil de conseguir.

En los buques, el aire líquido se puede fácilmente fabricar á bordo.

Con él tendremos, y es lo principal, la futura fuerza motriz de mañana; fuerza que hará accionar máquinas de toda especie, locomotoras, automóviles, buques, tranways, etc, y que resolverá muchos problemas de dinámica, tenidos hasta hoy como insolubles.

Antes de largarse en construcciones de tranways eléctricos, costosos, peligrosos y con muchos inconvenientes, creemos que sería prudente esperar la aplicación de la nueva fuerza motriz, cosa que no puede tardar mucho.

Sin hablar de Norte América, diremos que en Francia se constituyó una sociedad con fuertes capitales para la fabricación del aire líquido. Es lo que asegura la *Revue des Revues*, de donde sacamos la mayor parte de los datos consignados en este artículo.

El mismo fluido, dice la *Revue des Revues*, es tambien un formidable explosivo; bajo una presión matemáticamente calentada, determina la detonación de un cañón de grueso calibre.

Esos cañones de aire líquido, como los conciben Ostergen, hacen abandonar todos los sistemas actualmente empleados, aún mismo la dinamita.

Se nos asegura que en los trabajos actuales para la perforación del gran túnel del Simplón, se emplea con éxito el aire líquido como explosivo, fabricándolo en el mismo sitio á medida de las necesidades. Dicen que supera á la dinamita en comodidad, fuerza y baratura.

En la defensa de las costas el aire líquido puede ser empleado para piezas de todo calibre, desde las más pequeñas, hasta las más enormes.

Para abastecer un buque de guerra de aire líquido, bastará instalar pequeñas usinas poco costosas, fáciles de establecer y en una sola hora pueden producir la cantidad suficiente para toda su artillería.

Como el aire líquido no hace explosión sino en contacto directo con determinadas sustancias, son inútiles los depósitos de materias explosivas, evitando así terribles catástrofes y los millones que cuestan los depósitos y el almacenaje de la dinamita.

En fin, los destiladores emplearán el aire líquido para *envejecer* los cognacs; los viticultores para dar especial *bouquet* á los burdeos y borgoñas más ó menos auténticos; los perfumistas para hacer sus esencias más exquisitas; los fabricantes de conservas para ofrecer á su clientela frutas tan frescas y tan sabrosas como si recién fueran sacadas del árbol; los cirujanos encontrarán en él, el antiséptico ideal para sus operaciones y con toda seguridad podemos afirmar que pronto la medicina lo hará entrar en la terapéutica.

¿Este siglo que no tiene más que algunos meses de vida, se llamará el siglo del aire líquido?

Los yankees dicen que sí.

A nadie escapará la importancia de esa invención para el Río de la Plata.

Sin contar la gran facilidad para el transporte de las carnes congeladas á Europa, transporte considerablemente abaratado por el nuevo procedimiento, tenemos una nueva é importante fuente de riqueza en el comercio de las frutas, hasta hoy poco desarrollado.

Por la inversión de las estaciones, será fácil mandar á Europa y vender á buenos precios, productos frescos de la viticultura, de la pomología é infinidad de otros, que llegarían allá en pleno invierno, precisamente en el momento en que faltan casi en absoluto, venciendo fácilmente los productos carísimos, raros y pocos sabrosos de los invernáculos.

Pero mucho tememos que nuestros capitalistas grandes y chicos prefieran guardar sus capitales enterrados, esperando la llegada de nuevos Reus ú otros excéntricos financieros, para tirarles sus millones á la cabeza, hasta que un nuevo crac los arruine otra vez.

Especular sobre terrenos, casas, hipotecas, títulos, jugar á la alta ó la baja en la Bolsa; asegurar sobre la vida á tontos que mueren después de ceder sus pólizas, para eso y cuantos negocios más ó menos lícitos, más ó menos claros ó turbios, habidos y por haber, hay siempre dinero, mucho dinero; á chorro salen de los cofres las libras esterlinas para especulaciones que ningún provecho dan al país y á la comunidad, pero que aumentan el caudal de unos cuantos ricos.

Pero arriesgar un real para favorecer empresas industriales. comerciales ó agrícolas que darían pan y trabajo á millares de familias, eso no se encuentra.

Perdón. oh lector, esa digresión fuera del sujeto, y saludamos el próximo sindicato extranjero que vendrá al país, para el progreso de éste y provecho de la empresa, á implantar la fabricación del aire líquido.

VICTOR RAPPAZ.

Salto, octubre de 1899.

RELIGIOSA

Concluye la tarde de un día de Agosto. El crespúsculo ha caído como una pulverización cenicien

ta, llena de tedio y de meditaciones ocultas. El día galopa hacia el Occidente, dejando en las nubes las manchas sangrientas de su agonía, como el rastro hemorrágico y ardiente de un Pegaso herido, huyendo de la derrota.

Las líneas se esfuman como una pincelada inconsciente; y los cantos del alma, profanados por un nocturno aroma de pecado, suben acre y misteriosamente, como las confesiones purpúreas de una noche nupcial.

Queda en el aire un rumor sombrío, cargado de presagios y de acusaciones; un estéril perfume de celda monacal, un protestante clamor de novicias erróneamente profesadas. Y el luto de las noches australes, opacamente cóncavo, emboza el foco de los contornos vencidos

Las tinieblas habían detenido á un monje rendido de cansancio y de ascetismo. En el desfallecimiento de la luz, su figura, mezquinamente humana, tomaba el aspecto de los que han vivido martirizando su existencia, ahogando sus virtudes viriles en un inútil perfume de incienso, resolviendo su razón de ser, su ideal de vida prolífica, en una pálida ictericia.

Alto y escuálido ante los dislocados torreones de una mansión señorial cuyas ruinas quebraban el azul inmenso con perfiles dentellados, levantaba su asombrada expresión de pobre crucificado, y su imaginación evocaba torneos y cruzadas, escudos y doncellas de amores. Se oían claros gritos de clarines, melodías de trovador extrangero que la sugestión cantaba en el recuerdo, y el recuerdo imprimía en la visión.

Por el aire, pasaban furiosas cabalgatas, carcajadas de orgía, tensiones y vergüenzas de amor que arqueaban la pureza del monje como un reblandecimiento de Fe insostenible.....

Y ante la sombra de aquellas glorias genésicas, subían á su memoria, exasperados por una delación tardía pero incesante, sus soñadas faltas de célibe, sus rencores de macho condenado á perpetua esterilidad.

Claridades de vida desarrollada á cielo abierto, intuiciones de una existencia gastada gota á gota entre caricias de harem y secretos de ginceo ateniense, pugnaban en su misticismo con el estremecimiento de una revuelta pretoriana.

Clamaba su juventud—mártir de un paralelo cenatorial—esterilizada por un rictus de Renuncia; clamaba su fecundidad aherrojada y tendida como un ofrenda (útil y provechosa?) ante la noche de un altar. Clamaba todo su destino extravasado, todo su gran sér humano y pecador.

Y de su pecho, pobre y hundido por la curva impuesta, subían protestas acerbas; un descorazonamiento de martirio sin objeto, como la exudación de un Ideal que ha regido violentamente el organismo —cuya reacción bosqueja en el cerebro trágicos desquites y precipita en los nervios seniles histerias del Vaticano.....

Venía la aurora. Una palidez enfermiza anemizaba el Oriente con manchas lívidas. A lo lejos, las campanas de una Iglesia sonaban en el silencio como una plegaria de Noviembre. El monje se encaminó hacia el templo, llevando consigo sus rebeliones, doblado por la fatalidad de un error querido, impotente para un esfuerzo cuyos tendones anudaban su existencia, sin fuerzas para torcer el camino, arrastrando la amargura de su martirio infecundo, lívidamente iluminado por la madrugada de Agosto.

HORACIO QUIROGA.

Salto, octubre 24 de 1899.